

**FERNANDO PINZÓN PÉREZ**

Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad Santo Tomás. Docente de la Institución Educativa Municipal “Roberto Mario Bichot” de Tumaco.

LA TOCATA DEL REBUSQUE

La empresa no aguantó más los permanentes asaltos a su camión distribuidor de bebidas. Decidió contratar los servicios de vigilancia del centro policial, asumiendo el riesgo de ser víctima de probables retaliaciones por parte de las bandas juveniles que encontraron de esta manera la fórmula del rebusque diario. Le resultaba a la larga más económico y se podía continuar trabajando porque de lo contrario, tendría que abandonar la ciudad, como ya había ocurrido con la competencia que se negó a pagar “la vacuna”, como la llamaban a sus exigencias de dinero “para dejarlos tranquilos”, los muchachos de la Banda Sinfónica –tal vez porque sabían leer música-, aficionados a un ritmo tropical en boga: “La salsa” y de dos de sus cultores Ricardo Ray y Bobby Cruz. Mientras del camión parqueado con todas las de la ley se bajaba la preciosa carga, los dos jóvenes vestidos de verde militar le brindaban seguridad, provistos con poderosas armas de largo alcance de fabricación israelí y convencidos de que con su presencia bastaba para disuadir cualquier otro intento de atraco. Entonces, absortos en sus celulares escuchando música, tan imprescindible para ellos como la comida, no escucharon los dos nítidos disparos, cada uno por detrás de la cabeza, que los hundieron en las tinieblas de la tarde que agonizaba. Las autoridades como de costumbre, iniciaron las pesquisas de rigor y según comunicado oficial cuentan con una pista importante hallada en forma de partitura en “los móviles” de los finados para poder judicializar a sus presuntos asesinos: “Agúzate que te están velando”.

NOCHE DE LECHUZA

Siempre aseguro bien la puerta y la ventana de mi cuarto en las noches de luna anémica. Hay en la atmósfera opresiva una oculta amenaza a punto de asomar sus tenebrosas garras. Y entonces siento el fulgor de sus ojos en lo alto del árbol que custodia nuestro sueño que de un tiempo para acá se agita en un mar de intranquilidad y sobresaltos. Ya es la medianoche cuando ella se posa altiva sobre las ramas. Un frió de plomo me estremece el cuerpo y con premura voy al baño, donde disparo un chorro tibio y púdico como para no llamar la atención. En los últimos tiempos circulan algunas historias extrañas acerca de la desaparición de hombres jóvenes, víctimas de sus encantos femeninos. Se dice que para escogerlos basta que tengan el mismo color de los ojos como el alma de ella. Le fascinan los de cabello espumoso como las olas del mar picado y que sus cuerpos y sus sexos, sean caballos vitales de energía, a los cuales pueda desbocar en la lujuria incontenible de la vida y la muerte. Los elegidos van dejando unas huellas tristes que se ocultan en la memoria de la gente. Desde el lavabo alcanzo a escuchar el suave aletear que se detiene en el balcón de mi ventana y no puedo resistirme a abrirla, arrastrado por una fuerza incontenible y entonces, sus ojos llenos de la sabiduría milenaria de su especie, me abrasan como dos bocas de horno que quemaran los míos muertos aun antes de nacer.



RECETA DE AMOR

A sus once afrodescendientes años había trajinado por dinero o a la brava con pirinolas de todos los tamaños, colores y sabores. No le quedaba un poro de la piel libre de sus aullidos de dolor y placer, mezclados en una algarabía que estremecía casi siempre las playas de la Manglaría durante las madrugadas sobre todo de los fines de semana, cuando en la compañía de su bandola de jovencitas, se lanzaba a la cacería de la felicidad contratada.

Mi capitán Tormenta, en las tardes de sol cómplice y cerveza en mano, las acompañaba desde el fondo del puente donde vivían cuando salían de rebusque para la tiroteadera sin tregua; se les iba detrás cantándoles a ritmo de currulao, con unos bufidos tales que el vecindario se convertía en un alebrestado gallinero, de cuyas casas de madera descompuesta, soltaban ofertas ridículas ciertas mujeres maduras, que las muchachas de la bandola de las venecianas, que así las llamaban hasta en la red social (pues el nombre del puente donde vivían era Venecia) respondían con una retreta de palabrotas que eran los peores insultos de la lengua manglariana.

El capi Tormenta se paraba junto a mí y durante un largo rato observaba complacido como iba yo, con el formón, esculpiendo la que el barrio en su mayoría consideraba la primera obra de arte del profesor Pinzky, el mancito venido del reino del frío con sus historias de sopitas de letras, quien enseñaba a los gorrioncillos aprendices del tablero de la realidad, que con c se escriben canoa, carajo, canalete, mientras ellos soberanos en el puente donde también vivían, pintaban en sus ranchos enormes letreros con la consigna: las venecianas son culionas con cucas calientes carechuchas.

- Oiga profe Pinzky –mientras bogaba media cerveza- si sabe que a la Yolanka, la agarraron en la amanecida de ayer 30 soldados...
- ¿Cómo así, capitán Tormenta y las autoridades no hicieron nada?
- Que la recogieron y la llevaron al hospital, pero que está bien.
- ¿Cómo puede estar bien, si le pasó medio ejército por encima, hombre!
- Es que no le rompieron nada y para ahuyentar las moscas y los perros le taparon la cosita con arena.

Entonces apareció como surgida de la tarde que se empezaba a bañar de crepúsculo, la Lucrecia, la hermana mayor con sus 13 años frutales, unas piernas de gladiadora para el sexo de las revueltas y un contundente pero tranquilo: “pura noña, Yolanka se comió rico no más de 20 muchachos”.

Dijo que la gente se la pasa bochincheando y que el capi Tormenta es un loco que vive sabroso del trabajo de la mamá y de las hermanas en el prostíbulo que a duras penas logran sostener, porque los tiempos están difíciles y todo el mundo quiere hacerlo gratis, pagar lo que se le da la gana o “meterle conejo a una”.



Se fue pronto porque tenía un encargo que cumplir y nos dejó flotando su particular atmósfera con olor a Pachulí, un perfume cuya fragancia atrae a su clientela desde sus primeros 7 años, cuando su padre que vende plátanos y cangrejos en el mercado, la cogió en una de sus incontables borracheras nocturnas y la dejó lista adelante o en reversa para rebuscarse la vida a toda hora, junto con Yolanka, mientras despuntan comprometedores los pezones de las otras dos hermanitas menores.

Viejo Beto, que es un joven camellador, bien plantado y de carácter dulce, me ayuda a mover la escultura hecha en palo de ficus y tan pesada –supongo yo- como la arenada que le tocó sudar a Yolanka. Él Beto mantiene atento a mis requerimientos y yo algún billetico le doy para que sobrelleve su existencia con menos sobresaltos.

-¡Vea profe, a esas hembritas les gusta su cuento!

Le entrego el formón para que lo vuelva a afilar.

-A todos, salvo que tengan taras congénitas o adquiridas.

Acaricio el pedazo de ficus que compré en la navidad pasada cuando el árbol tutelar de la isla se cayó de viejo después de 100 años de existencia.

-¡Pero ellas son felices en la repichinga!

Me devuelve el formón entre risas celestinas.

-El sexo no lo es todo en la vida.

Continúo con mi escultura de palo.

-¡Para ellas es lo único que cuenta y vale!

(Ah...El Beto, ¿en el fondo no las desea?)

-Beto, ¿no te gustaría pasarlas por las armas legales, si gustas te doy una platica?

Se coge a dos manos el sexo, se frota después el cabello y enseguida se echa saliva en las cejas.

-No mi profe, si puede darme un billete, lo necesito para mis cosas.

(Es mejor así, pienso, porque es delito tener sexo con menores de 14 años)

-Lo que tu digas Beto y nos evitamos líos con las nenas y la policía.

Yolanka tiene su caminao azucarado, y es una flaquilla de huesos carnosos que revientan en caderas provocativas y piernas torneadas para el sexo desatado. Es una artista bailando currulao, reguetón y bachata ventida. En las tardes ardientes del rebusque a ella y su combo festivo también las persiguen con sus consignas coreadas, los muchachitos del barrio que ya se entrenan sin falta para aprender a sobrevivir entre el mundo de los adultos que los procrean como moscas. Cuando pasan junto a mí, Yolanka con su jeans apretado, el cabello chorreando agua, recién bañada, me tira de frente una mirada cómplice, mientras con su voz de ballena probada en mil batallas de amor forzado anuncia:

“Va a ser una virgencita del Carmen, patrona del pueblo”.

No, es un pilón para que la familia coma arroz con camarón-, le acolita otra de las chicas y hasta aventuran las demás, que el palo ya tiene forma de cununo, o de trompo y por supuesto hasta de falo, para las venturas y las desventuras de las venecianas del sexo todo terreno.



Me quedo por instantes meditando que es lo que voy a realizar con la tal escultura, mientras se aleja el tropel adolescente que deja una atmósfera de catanga. Yolanka ya me ha enviado con El Beto varias solicitudes de pequeños préstamos de dinero para salirle al paso a urgentes apretones cotidianos. Que vaya abonando a futuras arrecheras, o por si alguno de mis amigos veteranos necesita descargar un polvo atragantado. En el barrio, la gente mantiene alerta y de un tiempo para acá han arreglado las entradas de algunas casas y las han pintado con colores intensos, han acondicionado los cuartos con ventiladores, han comprado colchones ortopédicos para las piriuetas de la pichanga sin horario y cuentan con su tarjeta bancaria donde pueden ahorrar el producido, o parte, que les deja el programa “Ecoamor para todo”, financiado por el Gobierno Nacional en cooperación con Ongs y gobiernos extranjeros aliados, como una forma de hacer frente al desempleo y estimular las potencialidades de la juventud y la familia aumentando el producto bruto de la región, según proclaman a todas horas los nuevos vientos mediáticos que llegan desde la capital de la república y cuyos únicos requisitos son: ser mayor de catorce años, tener mínimo seis meses de experiencia que lo acredite y presentar certificado de no padecer enfermedades de transmisión sexual. El barrio entero parece interesado en la propuesta estatal y últimamente ha crecido el interés por mi escultura. Hasta algunas encuestas expresan la voluntad popular de que sea un falo, como homenaje a la felicidad comunitaria. Yolanka que ya aprendió a escribir amor sin h y corazón con c y z (en secreto, acompañado por El Beto, le doy clases de lectoescritura), me pide por escrito que por fa, no me olvide de la virgencita del Carmen, que con tantos palos o falos, como llaman los que saben, en su lenguaje sofisticado la cosa de los hombres, es suficiente y sobra. Que yo soy un profe honrado y de buen corazón. Que no me olvide y no la olvide a ella y viene de retro, flotando en mi memoria, la imagen de El Beto, frotándose el sexo a dos manos, mientras termino la escultura que el vecindario aguarda impaciente.